

SARAH M. EDEN



*El beso
de un extraño*

Libros de
seda

*A Raul y Ed,
el hombre con muchos nombres*

Capítulo 1



Inglaterra, octubre de 1814

— ¡**M**aldita sea! —Crispín Handle, lord Cavratt, no acostumbraba a refunfuñar entre dientes, pero una mujer exasperante podía llevar hasta esos extremos incluso al caballero más sensato.

Se había retirado al campo con el fin de evitar a la señorita Cynthia Bower, pero había terminado encontrándosela al acecho en el sendero ajardinado que llevaba a lo que se suponía que era una posada poco conocida. Claramente animada por su madre, a la joven se le había metido entre ceja y ceja que tenía que convertirse en la próxima *lady* Cavratt y se había esforzado fervientemente en convencer a Crispín de ello. Si algo había sacado él en claro era que la única cualidad positiva de la señorita Bower era que al final siempre se acababa marchando. Ojalá hubiera una forma de evitar que volviera a aparecer...

— ¡Qué deliciosa coincidencia, lord Cavratt! —La joven se acercaba a él con una rapidez alarmante.

Ojalá *Hinder*, su caballo capón, se moviera con la misma agilidad.

—Creía que iba usted a pasar la temporada otoñal¹ en Londres.

Ella pasó por alto el significativo silencio de Crispín y fue tras él mientras este continuaba su camino. La señorita Bower rara vez necesitaba que le respondieran para seguir hablando.

—Qué contenta se va a poner madre cuando se entere de que está usted aquí. Hemos venido a visitar a unos viejos amigos, los Larnes.

—Claro, claro...

«A unos viejos amigos, sí, sí... Será, más bien, a unos amigos que viven casualmente donde a ellas les conviene», pensó.

La joven emitió una delicada carcajada, justo el tipo de risita que una dama de clase alta se habría pasado la vida perfeccionando. La sociedad daba importancia a las cosas más insustanciales.

—A veces está usted de un humor tan agrio...

—Y parece que usted está siempre cerca cuando eso ocurre —respondió él.

La señorita Bower amplió todavía más la sonrisa, si cabe.

—La providencia, milord. Me brinda la oportunidad de levantarle el ánimo.

Era imposible ofender a esa mujer. Parecía incapaz de entender las respuestas cortantes por muy bruscas que fueran. O quizá solo se negaba a aceptar la evidente falta de entusiasmo de lord Cavratt ante su compañía —estaba cegada por la ambición, por decirlo de algún modo, aunque en su caso, más que cegarla, la había dejado sorda.

1 N. de la Trad.: La temporada otoñal (*Little Season* en inglés) era una especie de pretemporada social con bailes, cenas de gala y grandes eventos que se celebraba en Londres en los meses de otoño hasta antes de Navidad.

La señorita Bower adoptó una expresión triunfante.

—Y hoy también sé algo que podría animarlo.

—Me tiene en ascuas... —Crispín ni siquiera se esforzó por disimular la acritud en el tono.

Se cruzaron con una pareja que iba en dirección contraria. Lord Cavratt los saludó con una leve inclinación de cabeza.

—¡El baile de los Littleton se celebra en menos de tres semanas! —El desaforado entusiasmo de la joven habría hecho las delicias de la señora Littleton.

—Sin duda será un hervidero de gente de lo más abrumador, como de costumbre... —No sentía especial interés por los bailes, aunque sí disfrutaba de la gente —al menos, de la que se mostraba tal y como era—. Sin embargo, ese tipo de actos sociales rara vez congregaban a personas sinceras y honestas. Si poseer esos rasgos, propios de un carácter íntegro, fuera un requisito para asistir a esos eventos, se podría oír el vuelo de una mosca en todos los salones de baile londinenses.

—¡Ay, qué cruz me ha tocado con usted! —Hizo un gesto de estudiada delicadeza con la mano—. Creo que lo castigaré sin desvelarle a quién han invitado. Y me consta que se alegrará mucho cuando sepa de quién se trata.

—Está bien. —Si la dejaba hablar lo suficiente, tal vez se fatigara hasta el punto de caer al suelo desmayada. Entonces, tras disfrutar un instante del maravilloso silencio, podría escabullirse—. Aceptaré el castigo como un caballero.

—A veces es usted insufrible. —Si tan insufrible era, ¿por qué seguía sonriéndole como una papanatas?—. El conde de Lampton estará allí —prosiguió ella, mirándolo con los ojos muy abiertos, anticipando el alborozo de su interlocutor.

Lo cierto es que no se equivocaba. Crispín se puso tan contento como ella había predicho. Philip Jonquil, el conde al que se refería la señorita Bower, y él eran amigos desde que estudiaron



juntos en Eton. Caray, parecía haber pasado una eternidad desde entonces.

—Imagino que irá usted al baile, ¿no es así? El conde estará encantado de verlo, y no será el único... —dejó caer. Estaba claro que la sutileza no era lo suyo.

Para evitar verse obligado a concederle el primer vals y puede que alguna contradanza incluso, Crispín eludió la pregunta.

—Veo a lord Lampton con bastante frecuencia. No es necesario, por lo tanto, usar el baile como excusa para reencontrarnos, así que puedo quedarme en casa con la conciencia tranquila.

—Debería dejarlo a usted aquí con su melancolía y olvidarme de intentar levantarle el ánimo. —Su voz empalagosamente dulce amenazaba con socavar la determinación de Crispín por seguir comportándose de forma civilizada.

—Ojalá... —refunfuñó entre dientes.

—¿Ha dicho algo?

—Solo admiraba las flores, señorita Bower. —Lord Cavratt se quedó mirando las pocas que quedaban. El frío de principios de octubre había arrasado con todas menos con las más resistentes. A él le fascinaba esa determinación. Hacía falta cierto grado de obstinación para sobrevivir.

—Me gustaría que me llamara Cynthia. Se lo he pedido muchas veces.

—Y yo he rehusado hacerlo otras tantas, señorita Bower. —Sintió cómo se le tensaban los músculos de la mandíbula. Esa mujer lo irritaba mucho más de lo humanamente soportable.

—Aunque sin duda es usted un caballero inteligente y distinguido... —Ah. Ya había pasado a la adulación vomitiva. Luego sería el turno de la timidez fingida con una pizca de descaro. Las damas de la alta sociedad eran tan previsibles como un libro abierto—. No esperará, milord, encontrar a la persona indicada sin asistir a unos cuantos «hervideros de gente» de esos.

—Ya he asistido a bastantes más que a «unos cuantos», se lo aseguro. —Crispín se estremeció al recordar cómo lo perseguían por todos los salones de Londres las cabezas huecas de las debutantes y sus desquiciantes madres, sin ver en él más que un título nobiliario, tierras y dinero en mano. Hasta los caballeros perdían su franqueza cuando los arrojaban a las hordas hipócritas de la sociedad.

—Usted y yo hemos pasado mucho tiempo juntos en bastantes eventos de ese tipo... —La señorita Bower añadió una pizca de desesperación a su falta de sutileza.

Había llegado el momento de esgrimir una razón para abandonar el jardín y dejar que la joven atosigara a otro caballero, preferiblemente a uno que tuviera cierta predilección por los perritos falderos.

—Y nos hemos visto en Hyde Park... —insistió ella.

Lo que había sucedido en realidad es que aquella mujer prácticamente se había arrojado delante de su caballo dos veces y luego había perdido, «de forma inexplicable», el control de su propia montura en otra ocasión. Rayos, tenía que librarse de ella antes de que acabara haciendo algo más peligroso. Lord Cavratt asintió con recelo, mientras se devanaba los sesos buscando una excusa para escapar de allí.

—Nos hemos sentado uno al lado del otro en las cenas...

Eso era algo que había tratado de evitar a toda costa, pero que no siempre había sido posible debido a las artimañas de la madre de la señorita Bower.

—Hemos asistido a veladas musicales, al teatro...

Siempre se las arreglaba para presentarse dondequiera que él fuera. Hasta las noches que se escondía de ella en el White's²

2 N. de la Trad.: El *White's Gentlemen Club* es el club de caballeros más antiguo de Londres. La sede actual se encuentra en St. James, desde 1778.

temía encontrársela allí, esperándolo. Seguramente, ni pestañearía ante la idea de introducirse en un club de caballeros con tal de conseguir un título nobiliario.

—Lo cierto es que parece que nos encontramos mucho...

¡Qué pensamiento más deprimente! Una vez había tenido una pesadilla en la que ella había maniatado y amordazado a su ayuda de cámara y se había escondido en su vestidor. Lo más inquietante no había sido el sueño, sino la sospecha de que sería capaz de hacer algo por el estilo.

—... y la situación ya está empezando a dar de qué hablar...

—La señorita Bower le dedicó una mirada inocente que de inocente no tenía nada en absoluto.

Crispín saludó con un gesto a una mujer que se encontraba de pie junto a un jacinto. A ella se le encendieron las mejillas. La suya no era una timidez ensayada. Entonces era cierto; todavía quedaban mujeres que eran algo más que meras actrices. A esta joven en concreto casi seguro que no le hacía falta participar en toda aquella farsa. Era bastante obvio que se trataba de una criada.

—¿Está usted prestando atención a algo de lo que digo? —lo interpeló la señorita Bower, plantándose frente a él con los brazos en jarras.

«Por ahí sí que no paso », dijo él para sí. Tenerla todo el día pegada a él era un fastidio, pero que demandara su atención ya rebasaba los límites de lo que estaba dispuesto a tolerar.

—Pues no, la verdad es que no estoy escuchando ni una palabra de lo que está usted diciendo, ni creo que vaya a empezar a hacerlo ahora.

—No sé ni para qué me molesto... —replicó ella, frunciendo los labios y mirándolo con gesto de frustración—. Solo digo que en los salones ya están empezando a preguntarse si sabe usted cortejar a una dama.

—¿Y qué es lo que he hecho yo, dígame, por favor, se lo ruego, para que a todos les asalte semejante duda?

—Se nos ha visto juntos por distintos puntos de la ciudad y la gente ha empezado a hablar...

—Eso ya me lo ha dicho.

La señorita Bower hizo una breve pausa, demasiado breve para asimilar lo que lord Cavratt le había contestado.

—... y nunca se ha declarado.

¿Que «nunca se había declarado»? ¿A quién? ¡¿A ella?! Lo más probable es que acabara estrangulándola antes de que pasaran veinticuatro horas comprometidos. No, cuando se casara —una posibilidad que no entraba en sus planes a corto plazo— lo haría con una mujer que tuviera al menos un pensamiento propio en la sesera, una persona honesta que no lo viera como el camino más rápido para lograr un título y dinero para sus gastos.

—Ni siquiera ha intentado besarme.

Crispín se estremeció solo de pensarlo. ¿Acaso creía aquella fémica descerebrada que él era un fante? Hablar con ella ya era lo bastante desagradable; ¡tendría que estar loco de remate para besarla!

—Tal vez no sabe cómo hacerlo...

—¿El qué? ¡¿Besar a una mujer?! —Sabía de sobra cómo hacerlo y, por lo que le habían dicho, tenía un verdadero talento para ello.

La señorita Bower ladeó la cabeza. Crispín ya había visto antes esa mirada. Estaba desafiándolo, intentaba provocarlo para que la besara. Como si un caballero que había crecido entre intrigas de mujeres desalmadas fuera a caer en una trampa tan burda.

—No hace falta que se preocupe por lo que sé o no sé hacer, señorita Bower. —Se le estaba agotando la paciencia.

—Siempre he pensado que los verdaderos caballeros tienen un talento innato para cortejar y, sin embargo, su manera de pretenderme me ha defraudado enormemente.

—¿Ha contemplado siquiera la posibilidad de que yo nunca haya tenido la intención de cortejarla? —le espetó él, dejando a un lado la cortesía y a punto de perder la compostura.

—No hay por qué avergonzarse. —Había compasión en la mirada de la joven—. Yo no necesito la clase de atenciones que requieren otras damas para ser conquistadas.

Lord Cavratt contó hasta cinco para sus adentros; no se fiaba de lo que podría decir si respondía en aquel preciso momento. Con cinco no fue suficiente, pero al llegar a veinte se sintió más preparado para hablar sin perder los nervios.

—Nadie intenta conquistarla. Mis...

—Estamos solos, Crispín. De verdad que no hay por qué...

—Llámeme «lord Cavratt», señorita Bower, y no tengo la más mínima intención de...

—Soy consciente de que, siendo usted todo un caballero, es probable que haya tenido reparos a la hora de exteriorizar su afecto de una manera más apasionada. —Se acercó a él y le tocó un brazo.

Él se apartó, probablemente con más brusquedad de la necesaria, pero ella ni se inmutó. Aunque acabara siendo un solterón viejo y débil, jamás se conformaría con alguien como aquella mujer. Iba a ser él quien eligiera a su esposa y sería alguien mucho mejor que esa damisela superficial y calculadora.

—Un beso dejaría muy claras sus intenciones, milord, y le aseguro que sería muy bien recibido. —Más aleteos de pestañas y más sonrisitas tímidas.

Así que ella quería un beso, ¿no? Y también una señal que le aclarara cuáles eran sus intenciones con respecto a ella, ¿verdad?

—Muy bien.

La señorita Bower sonrió ufana. El gesto no le duraría mucho.

Crispín fue derecho hacia donde se encontraban los jacintos y la joven sirvienta, que seguía de pie, admirando las pocas flores que quedaban.

La saludó con una rápida inclinación.

—Discúlpeme.

Ella le correspondió con una reverencia mientras volvía a sonrojarse.

Al tiempo que fulminaba a la señorita Bower con la mirada, Crispín tomó a la desprevenida doncella entre sus brazos y la besó con toda la pasión con la que fue capaz, a pesar de lo enfadado que estaba. Que la exasperante perrita faldera que lo seguía a todas partes hiciera con aquello lo que quisiera.

Su intención había sido la de ponerla en su sitio, tal vez para escandalizarla y echarla del jardín y de su vida para siempre. No obstante, apenas unos segundos después de rozar los labios de aquella extraña, la señorita Bower desapareció de su mente. Solo podía pensar en lo bien que encajaba esa mujer desconocida entre sus brazos, en lo bien que sabían sus labios y en lo bien que olía.

Alargó el beso antes de que su mente aturdida pudiera asimilar los intentos de ella por apartarlo. Fue justo ese forcejeo lo que lo devolvió a la realidad. La soltó, tratando desesperadamente de recuperar el aliento y de calmar su desbocado corazón. Ella lo miraba con unos ojos de un azul zafiro hipnótico. Lord Cavratt sintió un deseo repentino de tenerla de nuevo entre los brazos, pero la pobrecilla tenía tal expresión de temerosa confusión que él no pudo soportar la idea de volver a aprovecharse de ella.

Nunca se había considerado a sí mismo un canalla; no había tenido motivos para hacerlo. En ese instante, sin embargo, al

ver el miedo en el rostro de la joven a la que prácticamente había atacado, él, el paladín de la caballería y los buenos modales, supo que se había comportado como un sinvergüenza.

—Perdóneme —se disculpó, lamentando profundamente lo desconsiderado que había sido al actuar de esa manera—. Ha estado totalmente fuera de lugar.

—Ya lo creo que sí —retumbó una voz grave tras él.

Se dio la vuelta y se encontró frente a frente con un caballero fornido, de unos cincuenta años a juzgar por su rostro, pero con la complexión de un hombre mucho más joven. Iba vestido a la última moda, lo cual indicaba que se trataba de un hombre de recursos. La joven criada seguramente era parte del servicio de su casa. Crispín no solía verse envuelto en situaciones tan bochornosas como aquella.

—Lo lamento, señor...

—Thorndale —se presentó el hombre—, de Yandell Hall.

Lord Cavratt hizo una reverencia. El hombre le correspondió con una ligerísima inclinación.

Con una mirada de desaprobación y un gesto hacia la mujer que observaba a Crispín con aquellos ojos increíblemente azules, el señor Thorndale dijo:

—Parece que ya conoce usted a mi sobrina.

¿A «su sobrina»? ¿La mujer que él había tomado por una sirvienta era la sobrina de un caballero? Caray, menudo embrollo. Entonces se dio cuenta de que la señorita Bower había huido del lugar. La muy cobarde.

—Ahora se vienen los dos conmigo. Vamos. —El señor Thorndale emprendió el camino de vuelta a la posada.

La joven se apresuró tras él. Lord Cavratt, aunque no estaba acostumbrado a que le dieran órdenes, también lo siguió. Había ido demasiado lejos como para protestar por una pequeña y merecida intimidación.

¿Cuál sería la situación del señor Thorndale? Si se trataba de un hombre rico e influyente, tal vez podrían buscar alguna solución. Si, en cambio, pasaba por apuros económicos, se mostraría menos servicial. De todas formas, el incidente se había producido casi sin testigos. Y era poco probable que la señorita Bower fuera a hacer algo para enturbiar su reputación; no tenía sentido emperrarse en conquistar a un caballero con fama de canalla. Aunque, a decir verdad, los crápulas parecían llamarles más la atención a las damas de lo que él esperaría.

La sobrina del señor Thorndale tampoco querría que se aireara el escándalo. Al fin y al cabo, a ella también la salpicaría.

Necesitaba un nombre para referirse a la dama de alguna manera. «Señorita Thorndale» tendría que bastar por el momento. La vio seguir a su tío por el bullicioso vestíbulo de la posada y luego subir por la escalera de caracol. Su vestido descolorido y vulgar le indicaba que estaban pasando por una mala racha. En cambio, el abrigo del señor Thorndale, aunque no llevara la firma de John Weston, el sastre del príncipe George, era de una confección impecable. Mientras que él superaba con creces las expectativas de vestimenta, ella no parecía saber que hubiera unas expectativas siquiera. El horrible vestido con el que iba ataviada desafiaba cualquier descripción. Llevaba el cabello de color miel recogido en un moño muy apretado, lo que terminó por convencer a Crispín de que la joven no tenía doncella.

Las contradicciones de esa familia eran dignas de estudio. El señor Thorndale era un hombre recio y seguro de sí mismo. Su sobrina, en cambio, era menuda, pálida y retraída. Concluyó que la pobre debía de haber salido a la otra rama de la familia, al lado modesto y desvaído del árbol genealógico.

El trío entró en una salita desvencijada y mal ventilada de la segunda planta. El señor Thorndale ordenó a la criada que cerrara la puerta al salir.

Lord Cavratt empezó a formular una disculpa, pero se quedó sin palabras en cuanto miró a la señorita Thorndale. La joven estaba allí, de pie, temblorosa y callada, sin levantar la vista del suelo.

El caballero se acercó a su sobrina hasta quedar a menos de un palmo de distancia. Ella alzó la cabeza casi mecánicamente, como si estuviera esperando esa repentina proximidad. Él la miró fijamente, furibundo. La tensión se podía palpar en el ambiente, que parecía envuelto en la densa niebla londinense. La mano del señor Thorndale voló por el aire y aterrizó sonoramente en la cara de la joven. La fuerza de la bofetada fue tal que hizo que ella casi perdiera el equilibrio y se llevara al instante las delicadas y pálidas manos a la boca.

El instinto impulsó a Crispín a acercarse a la temblorosa dama, a pesar de que se había quedado helado por la impresión. Aquel hombre había golpeado a su sobrina sin previo aviso, sin la menor provocación.

—¿Dónde estaba tu doncella? —preguntó el señor Thorndale a su sobrina.

—Pensaba que estaba conmigo.

Lord Cavratt extendió la mano para tocarle el brazo, con la intención de averiguar el alcance de las lesiones y de mostrarle su apoyo.

—¿Señorita Thorndale?

La pobrecilla no dejaba de temblar.

—¿Cuál es su nombre, señor? —El señor Thorndale pronunció esa última palabra con una mueca de desprecio.

—Soy «lord» Cavratt —Mantuvo el tono cortés. No permitiría que ese hombre lo sacara de sus casillas. Se volvió hacia la dama, que permanecía estoicamente callada a su lado—. Señorita...

—Lord Cavratt, espero que haga usted lo que el honor exige de cualquier caballero que haya comprometido la reputación de una joven dama.

—¿Cree que la he comprometido con un simple beso? —Aquel tipo estaba loco de remate.

El señor Thorndale lo miró por encima de su larga nariz aguileña.

—Eso, milord, no ha sido un simple beso. Un verdadero caballero no besaría así a una dama sin tener la intención de hacerle una proposición. A menos, claro está, que sus intenciones no fueran honorables.

Era un auténtico despropósito. Forzar un compromiso por un simple beso, que además había tenido lugar prácticamente sin testigos... La sociedad nunca exigiría algo así. Y, sin embargo, no podía rehusar honorablemente, no cuando el propio tío de la joven consideraba que se había mancillado su reputación.

La señorita Thorndale parecía haberse quedado tan atónita como lo estaba él. Estaba claro que ella nunca insistiría en cumplir con las exigencias de su tío hasta las últimas consecuencias. Un compromiso breve y sin ninguna razón de ser debería darle tiempo a aquel hombre para serenarse y recuperar el buen juicio. Crispín bien podía soportar este despropósito un día o dos. Después podría reírse con Philip de todo aquello.

Se inclinó ante la joven y reprimió un suspiro de exasperación. Luego, armándose de gracia y soltura, repuso:

—Si ella me acepta...